

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extrajero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

SABADO 7 DE JUNIO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id. id.
En cuarta. 00'05 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

UN RUMOR

De «La Correspondencia Militar».
«Esta tarde se ha hablado, no sabemos con qué fundamento, de un telegrama que se había recibido en Madrid dando cuenta, con detalles alarmantes, de las aspiraciones de los ingleses—hasta ahora platónicas—de apoderarse de las alturas que rodean á Gibraltar, territorio español que, según parece, está poco defendido.»

No hemos podido confirmar la existencia del telegrama, y, es más, dudamos que exista, porque sería demasiado desfachatez por parte de la Gran Bretaña; pero, de todos modos, no estaría de más que la especie inexacta, si por fortuna así resulta, se tomara como realidad, con objeto de prevenirla para lo futuro.»

Desde que se proclamó por el príncipe de Bismark el terrible principio *la force prime qui le droit*, principio muy puesto en práctica por los modernos estadistas—y hasta los sentimientos los españoles—, que á los Estados de segundo y tercer orden no nos queda más recurso que dejar hacer, viviendo de la benevolencia de esos modernos Estados piráticos, llamados potencias de primer orden.

Y es en vano hacer apelación á las bellísimas teorías del derecho internacional; la realidad se imponerá con todo su salvajismo desconsolador.

Fracasado el cobarde proyecto de esclavizar más, de exterminar al valeroso pueblo boer, las codiciosas miradas del odioso y eterno abrecido británico, dirigense á las Canarias; esas hermosas islas, que á su clima templado y gran riqueza, unen una posición estratégica de importancia capital, situada en la ruta al África central y del Sur, camino obligado al Indostán, el día no muy lejano en que el dominio del Mediterráneo pertenezca á las aladas Francia y Inglaterra y el tránsito por dicho mar les sea impedido. No habrá nadie tan corto de alcances á quien puedan ocultársele las anteriores consideraciones.

Pero estaría muy al descubierto cualquiera reclamación que se presentara por la Gran Bretaña, dirigida directa y explícitamente á las islas Canarias, y la gran intrigante, la diplomacia inglesa, la primera entre las primeras, elude abordar directamente la cuestión y lo hace presentando otros puntos de vista.

Y entonces se habla de las eternas reclamaciones acerca del campo de Gibraltar; reclamaciones que no pueden ser más infundadas, porque todos sabemos que á los formidables aprestos que se realizan incesantemente en el Peñón, se corresponde por nuestros gobiernos sumiéndonos en la indefensión más absoluta, hasta el punto de que unos pocos cañones que en previsión de un ataque por la escuadra yanqui del comodoro Sampson, se habían montado provisionalmente en las estribaciones de Sierra Carbonera, han sido desmontados, atendiendo las insistentes indicaciones del embajador inglés.

Es decir que cuando palpables se hacen los designios—no sabemos como calificar acertadamente—de los imperialistas sajones; cuando verdaderamente pelagra la nacionalidad española, nosotros, en justa correspondencia á los armamentos, que ni aún se toman la molestia de disimular los ingleses... no hacemos nada... y, ni así, se nos quiere dejar en paz.

No nos afije tanto la desventaja que en una lucha con el Reino Unido habríamos de alcanzar, como la vergonzosa cobardía de nuestros gobiernos. que no sienten nada que pueda parecer patriótico, ni de cosa que pueda asemejársele.

¡Pobre España!

CRONICA

LA SOMBRA DE FIGARO

Me hallaba yo tendido sobre mi blanco lecho, con los ojos abiertos en la sombra, sin conseguir alcanzar las suaves caricias del sueño reparador.

Y, no era extraño mi vigilia á semejantes horas de la noche, sobre todo, en este bendito siglo de los adelantos en

el orden de la ciencia, artes y costumbres; período de tiempo en el cual trocamos las horas de la noche en día artificial, y éste, en reposo lamentable; importándonos un ardite que la naturaleza regulase la vida del hombre y su alimentación sencilla, hábitos, actividad, reposo, etc. Es lo cierto, que me hallaba sin conseguir plegar los párpados al sueño, cuando recordé la memorable fecha, en la cual, la madre española, recordando el valor de sus espíritus ilustres, ceñía á las marchitas sienes de tres ingenios malogrados hijos suyos, la corona de la *inmortalidad*. Y, resistid la última palabra, aunque los desengañados la apreciemos vacía de lógico sentido y debido cumplimiento en esta vida limitada, en donde triunfa la vana lisonja, la adulación y el servilismo.

No hace muchos años, también cumplió como buena la patria española, desenterrando del sepulcro del olvido á tres gloriosos mártires de indiscutible valer, y oro de bastantes quilates. Me refiero á la traslación de cuatro maestros de la pintura, del teatro, de la oratoria, de la lírica y de la filosofía: Goya, Melendez, Moratín y Donoso Cortés. Pues, ahora, gracias á la cooperación de la ilustre sociedad de «Escritores y Artistas», dióse digno remate á la necesaria traslación de tres ángeles ilustrados no menos eminentes que los dichos: Larra, Espronceda y Rosales.

El primero, publicista español de gran renombre, maestro de la crítica severa y satírica terrible, acaso sin rival en ningún tiempo; inapreciable para tantos como le califican injustamente con el epíteto de *lobo*. En cuanto á los otros dos ingenios, cumplía la patria con el poeta representante de la escuela romántica, en España; monos fantástico que *Heine*, pero más severo y real y profundo en su poesía. Y, también sacaba del olvido á la figura más grande en el arte de Apelles (después de Velazquez y Murillo) en la pasada centuria... y, aun tal vez en las venideras, extraviadas por el espíritu del detalle y sin fondo ni grandeza en la expresión.

Sin embargo, yo padezco mis manías como todo misero mortal, y en aquellos instantes de desvelo, pensaba más en la pérdida del Pobrecito Hablador, que en la de aquellos insignes compañeros de infortunio del gran Larra.

Y, sentí vehementes deseos de conversar á solas con el eminente satírico romántico, por unos brevísimos instantes. Había sido un espíritu tan valiente en el comienzo de su espínosa carrera por la vida; ¡supo tejer con mano tan hábil las redes del ridículo, en las cuales se prendieron multitud de vanidosos de su época!... Y, sin embargo, fué tan cobarde para resistir hasta el final el rudo golpe del destino... y, una hora de desmayo, un instante de amargura, le arrastró al mar sin fondo del suicidio!... Veámos, me dije, las versiones sobre el eminente publicista han sido tantas; pero, nadie mejor que su espíritu volado en sus comedias, artículos de costumbres, sátiras, crónicas y políticos escritos, podrá sacarme de este terrible atolladero de dudas y de errores...

Y, tendido sobre mi lecho; con los ojos abiertos en la sombra, leí en el gran libro de mis pasadas memoranzas (libro que suelo llevar repleto de cifras y datos elocuentes) la historia verdad del nuestro célebre escritor.

«Yo quiero ser cómico», me lo retrató como maestro en el género satírico. En aquel lamentable período de atraso y de incultura general, los cómicos eran *aficionados de la legua*, (valga la frase) atrevidos á ignorantes en el arduo desempeño de sus difíciles funciones: escena, decorado, vestimenta, trajes, atavío, adorno en suma era inadecuado al lugar de la acción, época, carácter etc. «En este País» se revuelve el espíritu de Larra, con buen acopio de razones, en contra de esos indefinibles críticos de todo lo propio, por costumbre; es un artículo que refresca el corazón de todo patriota independiente.

«Un reo de muerte» y «Noche Buena» son la herida profunda de un organismo privilegiado que no cesa de sangrar ideas de redención, pero, no hay labios algunos que aplaquen la sed de perfección y libertad que padece nuestro genio. «¿Quién es el público?» es un compendio de las realidades amargas de la vida, más bien que una síntesis de la ignorancia predominante

de la oscura fatalidad de la existencia. Y en el hermoso libro del recuerdo seguí compenetrando la fecunda labor del gran satírico, cuando súbitamente sentí una violenta sacudida que me sacó de mi estado normal, alumbrando mi cerebro con la memoria de los ingenios que han sido.

A mi lado se alzaba un caballero de elevada estatura y semblante empalmeado; su mirada era profunda y melancólica; frisaría en los 28 años de su edad, pero su continente y el metal de su voz, sus ademanes y un fuego indefinible que brotaba de su ser, y que no puede traducirse en estos míseros renglones, lo revelaban como un *inmortal*, que no reconoce en la vida del tiempo períodos de juventud, virilidad y vejez.

«¿También pasas insomne las horas del reposo, como yo? No es extraño; eres un hijo de la vigésima centuria y cumpliendo su deplorable estado de costumbres, trancas las horas del reposo. ¡En algo pensarás! porque en la sombra, ó se cierran los ojos de la carne ó se suelen abrir los del espíritu... ¿Después de tantos años transcurridos desde el memorable día de mi muerte, hasta la fecha, seguimos retrasando en todo?... ¡Imbeciles! y, criticáis el glorioso romanticismo del ayer, cuando en los albores del siglo veinte, aun quedan espíritus románticos que aguardan como yo, abiertos los ojos en la sombra, el indiscutible mañana del destino!... Cerré los ojos con terror, pero la imagen fiel del célebre romántico, brillaba en las profundas tinieblas de mi vista; y, su acento penetrante resonaba más en el silencio medroso de la estancia.

Prosiguió: «Pobre escritor del siglo veinte, sin ilusiones, sin pasión, sin idea propia; porque en materias literarias y políticas sois unos miserables burros de *realia*: *imitaborem servum pecum*, que decían los maestros en aquella Roma servil y decadente; bestias uncidas al arado que maneja el hábil conductor del caciquillo; y en otras esferas, ó padecéis persecución por verdaderos ó medráis á costa de la humana fe de los espíritus honrados... La libertad: frase que no alcanza cumplimiento, ¿pero qué digo?, ni *inteligencia* en el común de los humanos; palabra hueca que interpreta á su gusto el ignorante y el discreto, el mediocre y el filósofo: ¡pursiguen mentira en el terreno de los hechos!... Pero volvamos á tí, pobre escritor de la vigésima centuria:

En estas vigiliadas constantes que padeces, consumes tus esperanzas, tus alientos... y tu vida. Escucha la misteriosa voz de una *verdad* que te saca del letargo, transportándote á la vasta llanura de la luz, en todos los órdenes de ideas: política y administración, religión y cultura; hábitos, costumbres, ciencia, progreso, *educación por el pueblo y para el pueblo*, industria, comercio, agricultura, trabajo... todo examinado con el mayor perfeccionamiento y unidad, orden y completa armonía de relación... Pero, como vuelves los ojos á la negra realidad, escuchas el acento de nuestros pasados infortunios, y tal vez de los que nos amenazan en la sombra del pavoroso porvenir, y entonces desconfías; pides auxilio á tus hermanos; les anuncias una aurora de bienestar, orden, régimen interno y exterior, recta justicia, fiel administración, trabajo para todos, recompensas futuras... y la masa común permanece indiferente ó si despierta no anhela construir el sólido alcazar que perdimos, si derribar con furia loca cuanto existe. ¿Desaparecerán las rancias y perniciosas costumbres del ayer? ¿Qué aurora de progreso traen las nuevas? ¡Ay! si pretendes una beneficiosa revolución en el terreno de la teoría y de la práctica... verás que una *nube sombría lo envuelve todo*; es la noche, la noche de los espíritus que sienten la negra realidad y lo futuro tenebroso. ¿Podrás refugiarte en tu propio corazón, antes colmado de vida, de ilusiones, de deseos? En un memorable aniversario de Difuntos, al tender la mirada por la vida, vi, qué el gran cementerio era este mundo, y que mi corazón era un osario falto de letrero. Pronto traduje la próxima inscripción de mi sepulcro: ¡¡¡Aquí yace la Esperanza!!! ¡¡¡Silencio!!! ¡¡¡Silencio!!! repitió llevándose el índice á los extremos de los labios... y se desvaneció lentamente con la triste y dudosa claridad del nuevo día.

Ya te conozco, aparición, exclamé abriendo los ojos á la luz; dijiste la verdad, sombra evocada del gran Figaro. Pero ¡ay! como soy todavía una imagen riente de la juventud y el porvenir, espero... espero al día de la salvación y la esperanza, ¡con los ojos abiertos en la sombra!...

Jacobo M. Marin-Baldo

LA INMORALIDAD EN MURCIA

Esta tarde he regresado de Archena el Sr. Gobernador (!), sin gran mejoría en su importante salud; y se asegura que dentro de pocos días volverá al mismo famoso balneario...

Y mientras, alguien recita por lo bajo:

«Las sevillanas capciosas,
las costumbres licenciosas,
yo gallardo y calavera,
¿quién á cuento redujera
mis empresas amorosas?»

Nuestro querido colega «El Diario», que no conoce al Sr. Gobernador (!) de Murcia, responde hoy á la cariñosa excitación que le hacíamos, en la forma siguiente:

«Nuestro colega el Heraldo de Murcia» está haciendo lo que en términos periodísticos, se llama una campaña de moralidad, atacando duramente lo que es causa de escándalo para las personas honradas. No tenía el colega necesidad de preguntarnos nuestra opinión sobre este particular; aplaudimos el propósito del colega. (¡¡¡Lo preguntamos, por que no la conocíamos, ya que el colega callaba cuidadosamente.¡¡¡)

Pero, en honor de la verdad, se nos hace muy duro creer que la campaña del colega, en lo que al Sr. Gobernador se refiere, pase inadvertida para el señor Aguado, á quien tenemos por autoridad muy celosa de su prestigio máximo tratándose de asunto tan liviano.

Por ninguna de las circunstancias que concurren en el actual gobernador de la provincia, podemos suponer nosotros que transija y no abomine de lo que con razón protesta el «Heraldo» en nombre de la moral y del respeto que se debe en toda población.»

Pues supóngalo el colega. El señor Aguado, si abomina de lo que causa la protesta de las personas decentes, no hace nada, absolutamente nada por corregirlo; y ya pica tal indiferencia en los límites de lo inconcebible.

¡Y que se fastidien la moral y la decencia!

Y á todo esto, el colega ministerial, sordo como una tapia y mudo como un muerto...

Manejo de flores místicas: Anoche, á las ocho y media, se paseaban tranquilamente por la Platería, dos Venus del género chico.—La autoridades... buenas, gracias.

Un ex-vecino de la calle del Junco, nos dice que son varios los nidos de candidas palomas que allí existen, y tan *gratos* su arrullo, que él tuvo que dejarlas el campo libre, esperando que vuelva á Murcia un gobernador Moral que haga posible á las personas pacíficas la existencia en tal calle.

En la calle del Pilar, no hay reglamentos... ¡pero hay unos belenes!...

Nos escribe un vecino de la plaza de Cetina, dándonos curiosos datos acerca de unas jóvenes que por allí viven. ¿No sabe el Sr. Gobernador (!) donde cae esa plaza? Pues es de lo más céntrico de Murcia.

Siguen ennobleciendo con su presencia el teatro de Roma los ángeles caídos que acostumbran á aprovecharse de la mansedumbre de las autoridades, para asistir á toda clase de espectáculos.

Por la calle de Victoria, paseaban anoche á las diez, dos *mariposas nocturnas*. No es raro, verdad; pero no debía ocurrir en la sexta población de España.

Si todo lo dicho no bastase á nuestro colega matinal, para convencerse de que el Sr. Gobernador (!) no se entera, ya se irá convenciendo. Pero nosotros usaremos trompetilla para hacerlos oír hasta de los sordos más sordos.

Por el correo interior, recibimos ayer tarde la siguiente carta, que copiamos con gusto, reservando el nombre del firmante, conforme prometimos, y agradeciendo sus elogios en lo que valen:

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA

Muy Sor. mio y de mi consideración más distinguida: Estoy tan conforme con la campaña contra la inmoralidad que viene sosteniendo el periódico de su digna dirección, que creo que todos los vecinos de Murcia estamos obligados á ayudarle en ella.

En esto del imperio de la inmoralidad se ha llegado á un punto inconcebible por lo escandaloso. Las personas decentes van dejando de pasear á sus hijas por la Platería á ciertas horas de la noche, porque aquello va pareciendo ya una exhibición de sacerdotisas de Venus, como V. las llama muy bien. Sin recato alguno van pregonando quienes son, y tanto allí como en la Gloria misma y en el Teatro, las vemos lastimosamente confundidas con las personas honradas y siendo objeto de diachachos desvergonzados y de otras innumerables manifestaciones.

Esto es bochornoso, Sr. Director, y creo como V. que ha llegado la hora de hacer saber al Sr. Gobernador que en toda población culta debe establecerse una barrena infranqueable entre las señoras y... las que no lo son.

Es verdad que muchas de esas desdichadas mujeres no están reglamentadas siquiera, para mayor peligro de la juventud, y no lo están, no porque hagan vida menos escandalosa que algunas vecinas de ciertas calles, sino por que tienen quien las defienda y las proteja.

¡Así se pone Archena en ciertas temporadas!

Aparte de esas escenas en la vía pública, es deplorable que en calles habitadas por personas decentes se vayan estableciendo tanto y tanto lupanar. Muchos fieles que acuden á la iglesia de San Miguel y casi en las mismas puertas del templo, lo primero que tropiezan, es uno de esos centros de inmoralidad.

En la calle de Agudores se suelen ver también escenas poco edificantes.

En una casa de la calle de Cadenas, que forma esquiva, cualquier transeunte puede encontrar amparo y refugio á todas horas, aunque venga de Abarrán. ¿Pues y en la calle de Balar? Qué diría el gran poeta si viera su nombre puesto cerca de una casa, conocida en todas partes, pues aunque parecen tonas sus habitantes, son de las que se agarran. ¡Y á buenas alabas!

Duro señor Director. Siga por ese camino, y aunque los demás colegas hagan mutis, de V. será la satisfacción, si consigue sacar al gobernador de su *apoteosis*, y purificar algo la atmósfera viciada de esta ciudad.»

Nosotros agradeceríamos á nuestro colega «La Enseñanza Católica» su opinión acerca de este asunto.

Los fieles que asisten á las ceremonias del culto á las iglesias de San Juan y San Miguel, ven cosas que no debían verse en las cercanías de los templos, por muchas razones.

Y sobre todo por que el artículo 11 del Reglamento de Higiene prohíbe la existencia de ciertos antros «en las calles principales de la capital y próximas á los edificios destinados al culto y la enseñanza.»

Convéngase «El Diario» de que si el Sr. Gobernador (!) abomina de estas cosas, no lo demuestra mucho.

¡No sabe el Sr. Gobernador (!) que la calle de Ochando está junto al Asilo de sacerdotes ancianos, en el cual, si no nos engaña la memoria, se educa á multitud de niñas?

Pues bien, un reputado médico de Murcia, ha tenido que dirigir una solicitud á nuestra primera autoridad civil para que expulse de la calle de Ochando á varias niñas, no muy bien avenidas con la decencia.

Y aunque próximo á la calle de Ochando está también el convento de las Siervas de Jesús, se cree que no será atendida tal petición, porque hay compromisos y compromisos, y relaciones pasadas, de por medio; y relaciones actuales por delante.